

José Luis Villacañas Berlanga
La Revolución pasiva de Franco

Madrid: Harper Collins, 2022, 504 pp.

Este libro del catedrático de Filosofía de la UCM José Luis Villacañas no debería pasar desapercibido. Quizás muchos de los lectores de esta reseña hayan seguido y leído la imponente obra que el escritor italiano Antonio Scurati ha dedicado a Mussolini. Me refiero a la trilogía que ha agrupado bajo el título M (Mussolini). Conforme estos volúmenes han ido cayendo en mis manos, me he preguntado cuándo íbamos a tener algo semejante en España. Las sociedades que hemos conocido un Estado autoritario de corte fascista (en el caso italiano) o nacional-católico (en el caso de España) necesitamos de un ejercicio de memoria y reflexividad sobre ese pasado para proyectarnos en el presente como ciudadanía libre y activa.

Aunque no se trate de una obra literaria como la de Scurati, estoy tentado a afirmar que, con esta obra de Villacañas, tenemos nuestro F (Franco). Insisto en que no se trata de un libro de literatura, aunque se lee como si fuera tal. Son 500 páginas que arrastran al lector página tras página.

Tampoco se trata de un libro de historia. Es la obra de un filósofo, seguramente uno de los grandes estudiosos de obra de Max Weber en España, que a partir de materiales históricos ofrece una interpretación de la acción política de Franco mediante el concepto de Gramsci de “revolución pasiva”. Es un ensayo político escrito por alguien dotado de un conocimiento colosal de la historia de la filosofía, de la cual extrae los pilares teóricos sobre la que se sostiene su obra.

En primer lugar, Maquiavelo. En su obra encuentra el tipo ideal del condotiero italiano con el que construye la analogía con Franco. Así, muestra a un Franco modelado según un tipo humano arcaico y medieval. Franco admiraba al Cid Campeador, y lo que nos muestra este libro es que fue esa mentalidad, esa forma violenta y tosca de entender el mundo, la que regresó encarnada en Franco a las

tierras de la España de los años 30 para volver a limpiar y purificar. Es irremediable, en este punto, no acordarse de la conocida sentencia del regeneracionista Joaquín Costa del 13 de noviembre de 1898: “*Doble llave al sepulcro del Cid para que no vuelva a cabalgar*”. Pero esta “doble llave” no fue históricamente posible. El espíritu del Cid cabalgó de nuevo y esta vez forjado en la violencia primitiva de la guerra de África. Un tipo de mentalidad antigua pero que se concibió -y aquí está de nuevo Maquiavelo- como un Príncipe Nuevo, esto es, entendió la guerra contra la República no como una mera “contrarrevolución”, sino como una labor de construcción de un pueblo nuevo. Aquí José Luis nos muestra que la lentitud con la que Franco reconquistó las republicanas tierras de España fue absolutamente intencionada: quería matar al mayor número de desafectos incompatibles con la idea de Nación que quería presidir como Príncipe nuevo. De esta forma un canalla tirano y sádico, Franco, terminó convertido en un Príncipe nuevo. Una vez la victoria militar consagró el gobierno dictatorial, empezó el largo proceso de gestación de una nación nueva.

En segundo lugar, Gramsci. Franco en un determinado momento, a fines de la década de los 50, supo ver que era el momento de una revolución pasiva, esto es, una revolución hecha desde arriba que al principio se hizo con más o menos ganas, con más o menos habilidades, pero que finalmente los hombres del Opus Dei, que fueron conquistando ministerios a partir del plan de Estabilización de 1959, llevaron a cabo la construcción de un nuevo Estado, un Estado administrativo e industrial.

Y, en tercer lugar, Max Weber. La revolución pasiva de Franco fue un proceso de racionalización tanto del Estado como de la economía. Es muy interesante cómo José Luis reconstruye este proceso, y el campo de disputas que se abrió. Para los falangistas, el Movimiento “era el soberano y el Estado era su instrumento”, escribe José Luis, pero “para los hombres como López Rodó, esto es, para los ministros del Opus Dei, el Movimiento era un instrumento de Franco y el Estado era el órgano soberano del país y todo estaba sometido a su ordenamiento”. Es decir, la revolución pasiva de Franco terminó constituyendo un Estado nuevo y racionalizado. El Estado democrático terminó siendo la consolidación de esa larga revolución pasiva que inició el franquismo.

Tal vez esto escandalice a algunas mentes biempensantes, convencidos de la inmaculada concepción de la transición a la democracia, pero esta tesis de Villacañas tiene un notable antecedente en la obra del sociólogo Carlos Moya editada en 1984 con el título de *Señas de Leviatán* (Alianza Editorial). En ese libro, Moya desarrollaba una conocida tesis de su aportación sociológica a

comprender la naturaleza del franquismo y sus herencias, según la cual, Moya defendía que el equivalente en España del papel que Weber otorgó a la ética protestante-calvinista en la racionalización capitalista, fue la labor desempeñada por el Opus Dei en la racionalización del Estado y la economía española.

Pero... ¿quién era Franco? Unas veces José Luis nos lo presenta como un “lector de Maquiavelo”, otras veces dice que “parecía que leyera a Maquiavelo”. Obviamente no leía a Maquiavelo, pero sí, seguramente, era el más listo -un jugador de mus, dice José Luis- dentro de una configuración social en la que se desarrollaba un complejo juego de interdependencias entre las diversas fracciones del bando vencedor: monárquicos, falangistas, el Opus Dei. De fondo siempre la dualidad Movimiento-Estado. En esa configuración compleja, Franco se las apañó en sus 40 años de mandato para construir un Estado mediante un proceso de concentración de recursos, que era al tiempo, un equilibrio de fuerzas entre Franco como dirigente y los súbditos. Esta es a mi modo de ver una de las grandes aportaciones del libro: mostrarnos cómo funcionó, en la larga historia del franquismo, un modelo de sociedad cortesana, a lo Norbert Elias, en el que el Rey cuanto más extiende su poder más aumenta su dependencia de aquellos que dependen de su poder. Un proceso de interdependencias que también Franco tejió hacia el exterior, en las relaciones internacionales del régimen, un juego en el que fue especialmente habilidoso y táctico, y cuya predisposición final de lealtad hacia los EEUU fue quizás una de las claves de la estabilidad y durabilidad de su régimen de poder.

José Luis es tan riguroso y detallado en mostrarnos como funciona esa sociedad de cortesanos y su juego de interdependencias que a veces se nos antoja a sus lectores que minimiza el papel que tuvo la resistencia antifranquista en todo esto. Por ejemplo, creo que quedan un poco desatendidas e incluso minimizadas las luchas populares y obreras de los años 70, el papel que jugó el movimiento obrero y otros movimientos sociales en la construcción de la mano izquierda del Estado. Siendo un producto de la revolución pasiva de Franco, el Estado es también un campo de controversias sociales en el que las luchas populares dejan su huella y ello, a pesar, de las patéticas prácticas y comportamientos del PCE español -como lúcidamente demuestra Villacañas en unas páginas impecables e implacables- a partir de la publicación en 1966 del artículo de Santiago Carrillo *Después de Franco, ¿qué?* (en *Le Figaro*).

Destaco en esta reseña un aspecto de la obra de Villacañas que, como investigador en la sociología de las lógicas territoriales, me ha interesado particularmente, esto es, el análisis de los planes de desarrollo regional que

emprendió el Estado franquista dirigido por los ministros del Opus Dei. También aquí el Estado fue un ordenador del territorio, en la medida que fue asignando funciones económicas a las diferentes regiones de España. La economía fue también el medio por el cual se organizó y ordenó el territorio nacional. En los años 70, el sociólogo Mario Gaviria y el economista José Manuel Naredo demostraron en toda una serie de investigaciones que este desarrollo regional se basaba en una relación desigual de territorios donde un centro dominante extrae recursos naturales, económicos y financieros de las regiones periféricas. Naredo conceptualizó a esta forma de desarrollo en términos del modelo cazador-presa. En el libro de Villacañas se cita como parte de los planes de desarrollo el trasvase Tajo-segura que llegó a la Región de Murcia. En realidad, toda la obra de gran hidráulica de domesticación del Río Segura -la presa del Genajo o la de Camarillas- hemos de entenderla como toda una reconfiguración del espacio del sureste ibérico que quedó definitivamente orientada hacia la agricultura intensiva de exportación.

Otra cuestión que me ha interesado es la cuestión de la mujer en el franquismo. No hay un análisis específico sobre esto, y quizás hubiera merecido la pena, pero sí que hay referencias salpicadas a lo largo del libro. Ciertamente, como han puesto de relieve algunas investigaciones, hubo una política de Estado de interiorización e infantilización de las mujeres reducidas a madres y esposas y un decidido control estatal del cuerpo de la mujer, con leyes e instituciones específicas. Digo esto también por lo siguiente. En la parte final del libro, cuando se aborda la democracia, José Luis afirma que la corrupción política “era la última herencia del Estado franquista”, pues era la vida cotidiana de aquellos dispositivos de poder que se habían transmutado al interior de los partidos políticos democráticos. Me pregunto si no podríamos entender las persistentes tasas de violencia machista hoy en día como otra de las herencias del Estado franquista. Durante 40 años se estuvieron modelando unas específicas relaciones de género desiguales y violentas contra las mujeres, conformando un estrato profundo en nuestras sociedades que, al igual que la corrupción, sigue operando. Una terrible violencia que, dado su arraigo, tenemos enormes dificultades de reducir. Que un partido político de ultraderecha como Vox hoy haya hecho de la negación de la violencia de género una de sus señas de identidad es una evidencia más de este estrato profundo de herencia franquista.

El libro muestra la violencia originaria que está en los fundamentos de la construcción de un Estado. La referencia teórica a Maquiavelo es en este sentido estratégica pues, a decir de Althusser, toda la obra de Maquiavelo hemos de entenderla como la constatación de que en los orígenes del Estado moderno no

estaba el derecho ni el consenso, sino la violencia y la usurpación. Villacañas relata precisamente este proceso de acumulación de violencia originaria del Estado español contemporáneo: a través de hombres miserables se abrieron paso categorías universales jurídico-administrativas, políticas y económicas que fundamentaron un Estado moderno autoritario (con un decorado berlanguiano: “en efecto, el príncipe de la paz se asentaba sobre una materia humana de seguidores y ayudantes que solo con el tiempo encontraría su mejor nombre, Berlangalandia”, p. 348). Y nos cuenta cómo de ese Estado moderno surgió la necesidad de un Estado democrático, el cual habría de posibilitar que el pueblo entrara en el juego y se entusiasmara por el juego. Pero para que el pueblo se entusiasmara por el juego político hacía falta un mínimo de oportunidades en el juego, y ello iba a ser el Estado Social de Derecho.

El resultado final es una obra que podríamos decir de ella que constituye una sociología de la acción política desarrollada por Franco. En el epílogo, Villacañas nos descubre que es una obra que también tiene la vocación de dirigirse a las luchas políticas del presente. Pues la revolución pasiva de Franco consistió en la construcción de un Estado, y de un campo político, que sigue actuando como estructura estructurante hasta hoy, en el que sistemáticamente las clases populares y la ciudadanía han quedado excluidas. En estas páginas finales del libro, Villacañas se dirige directamente a la ciudadanía que piensa y actúa hoy por el cambio político en España:

“Al final, cuando consideramos esta breve historia desde el largo plazo de España, y siempre desde el punto de vista político, podemos decir que el poder central español tuvo a la población hispana como su enemigo potencial, cuya libre manifestación se teme y se quiere evitar. Esta desconfianza va desde la voluntad de control a la represión. Desde Fernando El Católico fue así y ese es nuestro mal radical. Franco fue la última manifestación de esta hostilidad del poder hacia su propio pueblo y eso es lo que significó su destrucción del pueblo republicano español, en un genocidio político sin precedentes en la historia hispana por su magnitud. Por su parte, el pueblo español nunca ha ejercido de forma exitosa el poder constituyente impulsando desde abajo en plena libertad y nunca ha realizado una revolución activa, una creación política *legibus soluta*, por lo que no tiene experiencia constructiva positiva” (p. 500).

En definitiva, la lectura del libro de Villacañas es seguramente el mejor modo de hacernos conscientes de un capítulo de la larga historia de exclusiones sufridas por el pueblo, de esta revolución pasiva de Franco que es la construcción de un

estado desde arriba. Es sin duda la gran virtud del libro de Villacañas, un libro pensado para intervenir en el presente y que, por tanto, permite plantear las estrategias políticas y las Reformas necesarias para que la vida del pueblo cuente como poder constituyente.

Andrés Pedreño Cánovas
Universidad de Murcia